

El Fitzgerald inédito ve la luz

Un paseo por la Guerra de Secesión

‘Moriría por ti’, que ahora se publica en español, reúne 18 relatos del escritor

ANDREA AGUILAR, Madrid

Cabría pensar que en la que él mismo bautizó como edad del jazz, entre tanto champán, bailes y viajes por Europa, a Francis Scott Fitzgerald le rodeaba un alegre y frenético desorden y que en la siguiente década, cuando el *crash* hizo crujir todo aquella inconsciencia y llegaron la amargura, la derrota, las botellas y los sanatorios, el desorden se mantuvo. Sería un error: Fitzgerald (1896-1940) no solo terminó tres novelas y dejó otra inacabada, escribió más de 175 cuentos, poemas y unas cuantas obras de teatro, pulió guiones ajenos y trató de rematar los propios, reunió álbumes con recortes misceláneos... sino que además, en su diario de trabajo y en los cientos de cartas que se cruzó con su agente Harold Ober, con su editor Maxwell Perkins y con su esposa Zelda, entre otros, registró de forma metódica su producción.

En ese rastro y en el archivo de sus papeles —conservados principalmente en la Universidad de Princeton, el *alma mater* del escritor estadounidense— se encontraban las referencias a un puñado de cuentos que fueron rechazados, en algún caso comprados, pero no publicados, o retocados y finalmente aparcados. Esas referencias supusieron el punto de partida para armar *Moriría por ti*, la colección de 18 relatos inéditos que se publicó en EE UU hace un año y que Anagrama edita ahora en español.

Anne Margaret Daniel, que ha recopilado y anotado el volumen, conocía unos pocos borradores de esos cuentos que había consultado en Princeton, pero fue en 2012 cuando los herederos de Fitzgerald, descendientes de su única hija, Scottie, lograron localizar ocho relatos perdidos más y le hicieron el encargo.

“La imagen que tenemos de Fitzgerald es la de ese joven maravilloso, pero en estos relatos asoman algunas canas y se adivinan las arrugas del escritor mayor que nunca llegó a ser”, explica Daniel en conversación telefónica con EL PAÍS.

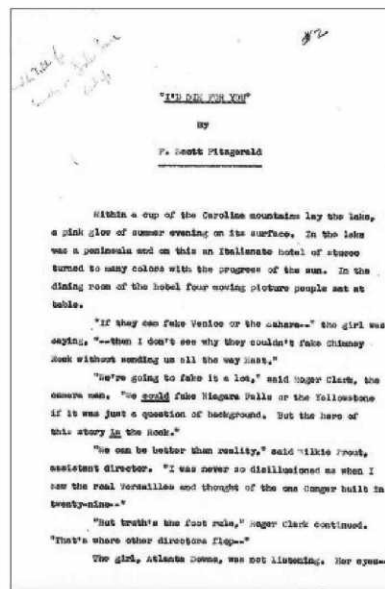
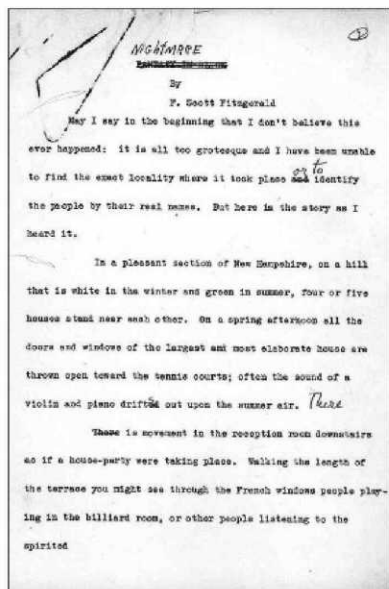
Vida e imaginación

A los 43 años, el autor de *El gran Gatsby* murió en Hollywood, donde se había instalado tres años antes, lugar en el que no encajaba, pero que le ayudaba a pagar las facturas y en el que, como apuntó el guionista y escritor Budd Schulberg, era “como un Miguel Ángel haciendo arreglos de fontanería”.

Hollywood, sus estrellas y la industria del cine figuran en varios de estos relatos redescubiertos, escritos en su mayor parte en los años treinta. Aquí no aparece el personaje de Patt Hobby, *su alter ego*, guionista fracasado y bebedor, sino que narra un rodaje en el que la joven actriz Atlanta planta a su enamorado, un cámara, y suspira por el seductor De-



Francis Scott Fitzgerald, en una fotografía sin datar.



Páginas iniciales de *Pesadilla* (izquierda) y *Moriría por ti*, dos de los relatos incluidos en la colección.

lannux, sobre quien pesa la sospecha de haber llevado al suicidio a un par de desesperadas mujeres.

Los dulces y desenfadados romances, plagados de bellas chicas caprichosas capaces de romper corazones con un batir de

pestañas, aún sostienen muchos de estos cuentos, pero en ellos asoman sanatorios, suicidios, soldados de la Guerra de Secesión y enfermedades venéreas.

Los locos años veinte dejan paso a la Gran Depresión. El pro-

pio Fitzgerald escribe sobre ello a su esposa Zelda en 1940, unos meses antes de morir. “Es curioso que desapareciera mi antiguo talento de cuentista”, se lamenta. “En parte, se debió a que los tiempos cambiaron, aunque

Por carta, Francis Scott Fitzgerald habló de cuánto le gustaría escribir una novela sobre la Guerra de Secesión estadounidense, proyecto que aparece velado en dos de los relatos incluidos en la antología. *Pulgares arriba* (1936) y *Cita con el dentista* (1936-1937) son sendas versiones de una misma historia que surge de un episodio real: el padre de Fitzgerald le contó que un familiar, William George Robertson, fue colgado de los pulgares durante la guerra. A partir de ese episodio central, los finales de ambos relatos divergen de forma notable, y es la parte de la trama ante la que las revistas mostraron más resistencia. Como el autor escribió a su agente Ober: “A mí me pareció fenomenal, pero todas las *femmes* de la revista dijeron que era espantoso. Creó que lo de los pulgares les resultó excesivo”.

Una tercera versión de la historia, titulada *El fin del odio*, fue publicada en 1939. Y Fitzgerald aún trató de vender un guion sobre la guerra en Hollywood en 1940, en cuyo bosquejo regresaba una vez más al violento episodio de los pulgares. Concluía diciendo: “La fuerza de una película como esta residiría en vernos a nosotros mismos como seres humanos que siguen comiendo, amando y exhibiendo sus pequeñas vanidades y manías en medio de cualquier catástrofe”.

también hubo algo relacionado de algún modo contigo y conmigo: el final feliz”.

Desde la primera crisis nerviosa de Zelda y su posterior ingreso en una clínica en 1932 en Baltimore, la historia de esta glamurosa pareja cambió y en las narraciones se suceden hospitales, médicos y enfermeras. “Es una mezcla curiosa”, apunta Daniel. “Su propia vida está mezclada en estos cuentos, transformada por su imaginación”.

Organizados cronológicamente, aunque sin un orden estricto, los relatos están hilvanados a través de los apuntes biográficos que los preceden. El primero, *El pagaré*, fue escrito en 1919, el mismo año del sensacional debut de Fitzgerald con *Hermosos y malditos*. El último está fechado el año que falleció.

“En los últimos años, Fitzgerald iba poniendo a prueba su poder como narrador, iba investigando vetas más realistas”, apunta Daniel. Cuentos a los que se negó a hacer cambios o que simplemente fueron rechazados y que muestran una cara menos amable y optimista. Lo que escribe en uno de ellos valdría para entenderlo: “No parecía tener en absoluto esa cualidad que en otros tiempos se llamaba ‘su aquel’, pero sí una franqueza divertida”.